

Fernández, Víctor Manuel

La herida de la Patria en la propia carne

Revista Criterio N° 2281, Abril 2003

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

FERNANDEZ, Víctor Manuel. *La herida de la patria en la propia carne* [en línea]. *Criterio*, 2281 (abr.,2003)
<http://www.revistacriterio.com.ar/sociedad/sociedad/la-herida-de-la-patria-en-la-propia-carne/> Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/herida-patria-propia-carne-fernandez.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

La herida de la Patria en la propia carne

por **Fernández, Víctor Manuel**

Vale la pena recordar las invitaciones bíblicas al gozo y al placer. Por ejemplo: Hijo, no te prives de pasarte un buen día (Sir 14, 14). Dios nos provee magníficamente de todo para que los disfrutemos (1 Tim 6, 17).

Valoro estos textos, porque me ayudan a ver que Dios nos ama y que le interesa que seamos felices también en esta tierra. Como bien dicen los obispos anglicanos, creemos en la vida después de la muerte, pero también creemos en la vida *antes* de la muerte.

Sin embargo, cada vez descubro mejor que hay que decir la verdad completa, y no sólo una parte. El estado en que hemos dejado a nuestro país nos invita a mirar también el otro lado de la moneda.

De hecho, el libro de la Biblia que más invita a gozar de los placeres dice también lo siguiente:

Vi el llanto de los oprimidos, sin tener quien los consuele; vi la violencia de sus verdugos, sin tener quien los vengue. Y entonces felicité a los muertos que ya perecieron más que a los que todavía viven (Qoh 4, 1-2).

Es verdad que cuando uno está pasando un buen momento, no puede impedir que su felicidad se empañe cuando recuerda a los que están sufriendo. No se logra disfrutar del todo lo que uno posee cuando aparece ese nudo en la garganta por el dolor de los que no tienen nada. Por algo muchas personas que llevan una buena vida, en algún momento intentan superar el individualismo y comienzan a participar en alguna fundación o deciden colaborar con alguna institución de bien público. Es como si se despertara una intuición de solidaridad que Dios ha sembrado en nuestras entrañas, porque nadie fue creado para vivir sólo para sí.

Ese aguijón interior, que a veces nos estimula dolorosamente, es un resto de grandeza que nunca muere del todo.

El dolor interno está siempre presente cuando intentamos cambiar o crecer; aparece cada vez que tenemos que dar un paso desacostumbrado.

Es cierto que cuando alguien ya ha desarrollado una virtud y la ha ejercitado mucho, hacer el bien se le hace gustoso y espontáneo. Pero frecuentemente el ejercicio de los grandes valores encuentra condicionamientos y dificultades, y nos exige aceptar un dolor.

¿Acaso no recordamos que ser fieles muchas veces nos ha dolido?

¿No es verdad que ser honestos a veces es muy doloroso?

¿Quién no siente el dolor del desprendimiento cuando intenta ser más generoso y dar un poco más de lo que tiene?

La capacidad de hacer el bien, a pesar del dolor que ocasiona una renuncia, es un signo de la intensidad y la sinceridad de un querer. Es cierto que la nobleza está sobre todo en el amor que uno ponga y en la grandeza del gesto, más que en lo que cueste **1**. Pero también es cierto que la renuncia abnegada expresa con elocuencia el desplazamiento del centro de gravedad de la existencia **2**. Manifiesta mejor que ya no soy yo el centro de mi vida.

Cuando analizamos la decadencia ética de nuestra sociedad podemos reconocer que un signo de esa crisis moral es *la incapacidad de aceptar sufrimientos por el bien común*. Si no somos capaces de soportar un dolor para no ceder al contagio de la corrupción generalizada, terminamos siendo miserables cómplices. Si rechazamos morir con Cristo, no renace la vida.

En este sentido quiero dar un doble testimonio:

Una vez, siendo párroco, se acercó un empresario amigo, que cada mes me dejaba una donación para Cáritas. Pero ese día me ofreció mucha más mercadería a condición de que le firmara un recibo por un monto mayor. Casi acepto su propuesta por el aprecio que me unía a su persona y por la necesidad que pasaban los pobres de mi parroquia. Pero gracias a Dios pude reaccionar a tiempo. Le dije que valoraba mucho su colaboración, pero que mi conciencia no me permitía aceptar. Nunca más lo vi. Pero sé que aquel dolor fue fecundo, y sobre todo me dejó en paz con Dios y conmigo mismo.

En otra ocasión pedí ayuda a dos instituciones para comprar un terreno donde construir un salón, creyendo que ambas instituciones me dirían que no. Pero las dos me respondieron que sí. Siguiendo el consejo de un amigo, utilicé una de esas ayudas para adquirir el terreno y la otra para construir el salón. No toleré el necesario dolor de rechazar una de las ayudas o de perder tiempo proponiendo otro fin legítimo para esos fondos. Rendí cuentas a las dos instituciones por la compra del mismo terreno. Sólo años después advertí mi miseria y reconocí con claridad que tampoco en este caso el buen fin justificaba los medios, y que actuar así terminaba propiciando muchas formas de corrupción. Entonces busqué la mejor manera de reparar mi falta.

El bien suele ser arduo, ser buena persona también supone el dolor; pero el bien merece ese esfuerzo. Tener fortaleza no es ser incapaz de sufrir, sino hacer el bien a pesar de ese dolor que a veces ocasiona, porque ser fuerte implica poder recibir una herida **3**. No es tampoco una suerte de indiferente apatía, porque el valiente no sólo resiste sino que sabe hacer buen uso de la bronca ante el mal **4**. La ira puede cooperar con la fortaleza para que no tomemos a la ligera o con ingenuidad ese mal que amenaza con contagiarnos. La agresividad bien encauzada nos ayuda a detestar el mal con toda el alma para que no se adhiera a nuestra forma de actuar como una miel venenosa.

La restauración de la Patria requiere de nuestra capacidad de sufrir por el bien. Mientras escapemos de ese dolor, ni la justicia ni la solidaridad podrán abrirse camino entre nosotros. Seguiremos cayendo miserablemente en el abismo.

1. S. Tomás de Aquino, *ST II-II*, 123,12,ad 2; *De Caritate*, 8,ad 17.

2. K. Rahner, Sobre la Teología de la abnegación, en *Escritos de Teología III*, Madrid 1961, 68.

3. J. Pieper, *Las Virtudes Fundamentales*, Bogotá 1988, 184.

4. S. Tomás de Aquino, *ST II-II*, 123, 10, ad 3.